

Jardines abiertos con

José M.^a Alvarez

Quizá lo evanescente, en ocasiones la duda, por supuesto la ambigüedad y de modo sistemático la condensación, que suele traducirse en la palabra breve y el gesto medido a la hora de las conversaciones. En todo caso, con el tiempo, las modulaciones del pensamiento se atemperan y la crítica resulta menos excluyente, a ser posible mejor equilibrada. Este hombre de voz grave, con ciertas aristas de metálica resonancia, que lee sus poemas con la gravedad del consumado actor, decía cinco años atrás.

«Cualquiera de nosotros, los poetas de hoy, no estamos ni a la altura de cualquier autor de segunda o tercera fila del Siglo de Oro. La litera-

tura anglosajona es, considerada en bloque, mejor que la española. He leído tres horas diarias durante treinta años; lo último, por treinta veces ya, es *La isla del tesoro* y *Las minas del Rey Salomón...*».

Me gustaría preguntarle cómo se hace, del tiempo y del espacio; pero sobre todo de la sensibilidad y la vocación, para leer tres horas todos los días. La imposibilidad del tiempo transcurrido deja la interrogación en el aire, aunque sería hermoso escucharlo por estos oídos que nos rodean y que temen a la página escrita como al rayo y la tormenta.

«Lezama Lima habla como escribe, no salió nunca de su casa, y es maravilloso. Borges habló inglés

antes que castellano, y por ser una lengua con más posibilidades que el castellano, puede ser indudable que la utilice para pensar».

El tiempo no pasa en balde y pudiera ser verdad —en todo caso, es poético y un tanto romántico— cuanto afirmaba de Lezama y de Borges. Pero ¿qué sucede hoy en la vida del poeta, cuyo gran danés lleva el nombre del extraordinario escritor argentino, de presunta primera lengua inglesa, a qué responde con el tiempo su pequeña o gran biografía poética?

«Según el punto de vista. Puede resumirse en pocas palabras: empecé a escribir muy joven. O bien: no recuerdo mi vida sin que lo que más le



importase fuera la Literatura. Me recuerdo siempre leyendo. Para Manuales, estoy incluido entre los Novísimos.

Pero yo tenía libros, poemas, publicados mucho antes de la aparición de esa Antología. También como una especie de timonel de los «venecianos». Bien, como grupo, son posteriores; pero tampoco tengo duda sobre mi pasión por Venecia. Soy un hombre que está constantemente dándole vueltas a un mismo libro.»

Eso me recuerda la idea de los viejos maestros, que suelo compartir sin demasiado esfuerzo, según la cual todos acabamos siendo lectores de un mismo y único libro, aquel que más compensa nuestra «deformación profesional» de apasionados de la lectura. ¿Quizá también pueda ser una tendencia de los creadores?

«Supongo que se pueda dar con cierta generalización. En mi caso resulta evidente».

Dentro de este tono mesurado, reflexivo, por el que discurre tu biografía múltiple, convendría parar mientes en otros extremos, en mi opinión, igualmente destacables. Háblame de tu visión de estos términos: «traductor», «escritor», «poeta». ¿Con cuál te identificas mejor?

«Traductor es lo mismo, siempre que uno —siguiendo, entre los modernos, el ejemplo de Pound— lo que consiga es volver a entonar el poema que traduce. En prosa tengo muy pocas páginas, y casi siempre son transcripciones de conferencias, artículos de revistas, etcétera, que se escriben por dinero».

Vengamos, entonces, a la esencia de lo general, de lo definitorio. ¿Cómo defines la poesía, cómo el poema, en el supuesto de que sean cosas distintas?

«Lo que brilla en algunos versos de Virgilio, de Quevedo, de Cavafis, de Eliot...»

Así de simple, así de complicado. Y sin embargo, también has dejado es-

critado y dicho en alguna ocasión que «en poesía ya todo estaba en Teócrito... El ritmo, el lenguaje, la imagen, todo eso es lo poético. Todo junto, todo es uno. Me he limitado siempre a seguir aquel viejo consejo de Hemingway: Muchacho, cuenta la mejor historia que puedas lo mejor que puedas. La brevedad poética es una característica de la poesía de hoy. Villamediana era breve. Escribo siempre a máquina, necesito ver el poema».

Todo esto bien podría conducirnos al genérico concepto del mundo que pueda tener el poeta. Y se me ocurre indagar en qué medida la propia experiencia condiciona o conforma la cosmovisión, en el supuesto, claro, de que exista o sea deseable esa visión del universo. ¿Cómo funciona todo esto en la escritura?

«Mi idea del mundo quizá sea poco edificante...»

¿Conviene introducir juicios de valor, inevitablemente teñidos de moral o ética? La pregunta se dirigía mejor a lo descriptivo, a su presencia como ingredientes constitutivos.

«Pues bien. En la escritura casi siempre me limito a evocar las pocas cosas que me producen una cierta felicidad».

Grave cuestión, ciertamente, esta de la felicidad alcanzable, aunque lo sea sólo como desideratum. Por esas vías, ¿qué significa la gestación de un poema, cómo se llega al parto, en qué consiste definitivamente?

«En mi caso, casi siempre, madurado a lo largo de mucho tiempo. Una imagen. Luego va transformándose, haciendo posibles a otras. No sé muy bien cuándo empieza un poema. Luego, un día, sabes que se ha terminado, que te abandona. Que es así».

Concretemos un poco en tu obra publicada, dentro de la estricta poesía. Suele ser lugar común predicar de ti que, a la manera mallarmeana, eres hombre de una sola obra en marcha organizada casi en círculos concéntricos. Pero también a efectos metodológicos se indica una especie de tri-

partición histórica: lo que antecede a *Museo de cera*, el propio *Museo* y quizá los flecos últimos un tanto desgajados del conjunto unitario. ¿Qué han sido, qué son, cómo los prefiguras cara al futuro?

«Todo iba hacia *Museo de cera*. Por eso me llevó más de veinte años, creo que veintitrés, acabar la primera versión completa. ¿Completa? Imagino que *Tosigo ardento* he de verlo en su lugar correspondiente del *Museo*. Y lo mismo el libro que ahora estoy escribiendo, *El Escudo de Aquiles*».

Consideremos tu condición de impenitente viajero. ¿Qué son los viajes para ti, qué repercusión pueden haber tenido en tu obra?

«Como los libros, como los cuadros, como la música. Muchos, por desgracia, responden a imposiciones relacionadas con la poesía: conferencias, cursos, presentaciones... y tres días de hotel entre dos aviones. Pero aun así, es raro no encontrar algo, una fachada, una noche agradable, un libro, una historia que alguien te cuenta. Me gustan los viajes largos. Entrar en una ciudad y leerla completa, como a un autor que se ama mucho».

Por fin, una indagación genérica. ¿A dónde crees que va la poesía?

«Supongo que hace ya mucho tiempo que nos limitamos a celebrar su funeral. En *Museo de cera* hay un poema que refleja esta idea, y afirma que el arte será como el paso de la luna entre la Horda y la Horda».

¿A dónde va, en definitiva, tu poesía?

«Es un lancero más en esta última carga».

La tarde cayendo está. Sobre los viejos edificios de la plaza descende una espesa nube de polvo, casi como en la fantasmagórica *Luvina* de Rulfo. Sería muy deseable que no se cumpliera la tristeza desilusionada de Kavafis. Y que todavía existieran bárbaros capaces y a punto de llegar a la frontera.

Victorino Polo García